

 Octava Sección: Reseñas de libros

Óscar Alvarado Vega, *La venganza y otros cuentos*. San José: Andrómeda, 2010 (369pp.)

La obra de Óscar Alvarado Vega presenta una metódica construcción de un relato de suspenso en sus cincuenta y tres cuentos. La temática de la colección de estos relatos se inspira desde lo cotidiano para explorar las circunstancias vivenciales de la condición humana, ahondando en la oscuridad de los sentimientos –tales como miedo, angustia, ira o dolor- aquello que la fuerza narrativa descubre en cada protagonista. Podría resumirse en cuatro palabras claves (con raras excepciones): miedo – sangre – muerte – liberación.

Si bien no parece haber más criterio editorial que el proceso cronológico de escritura para el ordenamiento de los relatos, el paso del tiempo (de los más viejos a los más nuevos) desarrolla en los cuentos una madurez literaria interesante, mayor fluidez, un ritmo propio y un sobrecogimiento a la sensibilidad que evidencia la profundización de las temáticas abordadas.

En cuanto al estilo, las descripciones agotadoras detallan y paralizan, a menudo, al lector, brindando tramas intrincadas pero efectistas, especialmente en el juego del suspenso en el devenir del miedo, del terror a la muerte y de la vida de ultratumba. Mayor horror podrían provocar las duras experiencias de la locura, cuya gráfica y descarnada visión embargan al lector.

En cuanto al espacio/tiempo, pueden apreciarse en la obra dos ambientes contrapuestos, por un lado el pasado, espacio de la familia, del pueblito originario, que es idílico, el lugar de retorno, la búsqueda incesante, como evidencia, por ejemplo *De nuevo la penumbra*, *Detrás de la sombra* o *El retorno*. Por otra parte, está lo presente, la ciudad, con su indiferencia e ignominia, las que alimentan las circunstancias de indigencia, prostitución y pobreza; entre estas están *Gina*, *El político*, *Chapulines*, por citar algunos ejemplos.



A manera de presentación, se ha optado por la técnica de *metarrelato* (o *metanarrativa*), entendida en el contexto de la teoría crítica y el postmodernismo, según lo define John Stephens: “*un esquema de cultura narrativa global o totalizador que organiza y explica conocimientos y experiencias. La metanarrativa será, por tanto, una historia más allá de la historia, que es capaz de abarcar otros "pequeños relatos" en su interior, dentro de esquemas abarcadores, totalizadores, trascendentes o universalizadores*” (Stephens, 1998).

Con el fin de no desencantar al curioso lector del placer de recorrer por sí mismos las páginas de la obra, y siguiendo el orden de los cuentos, se intenta destacar el sentido profundo de la propuesta narrativa que Alvarado Vega propone, en busca de un sentido dentro de la fragmentariedad de los relatos, de los finales abiertos, y de un narrador en primera persona, omnisciente, pero que, al tiempo que avanza en la narración, deja lugar a otros sentidos conexos posibles.

La venganza, anuncia la fragilidad del desvalido, llevado desde el dolor del abandono, el maltrato y la muerte, hacia un intento por cambiar la suerte nefasta que le ha tocado vivir, y cuya imposibilidad por reivindicarse ahoga su existencia con una vocación de muerte.

El viaje plantea una vida en manos de captores, en la que su protagonista, por alguna casualidad, sobrevive para contar el horror de lo vivido. La vida aquí es una suerte, una casualidad.

La rutina enmarca la cómoda relación del tedio, entre parejas temerosas de cambios.

La casa fantasmal muestra el terror que se apodera del ser humano desde su imaginación – divagación, haciéndole presa de su temor como la realidad afirmada.

La cárcel mental (alienados), en donde la realidad rompe el horror del delirio, pagando así el sufrimiento.

María y el hambre, impúdica y apremiante, en cuya urgencia valida la prostitución como oficio, la equipara a cualquier otro empleo doméstico (lavar ropa



ajena por ejemplo). *“El sueño podía esperar; el hambre no”* (Alvarado, 2010: 34).
María entró en un callejón sin sentido, agotada de luchar.

El despido insiste en una manera de dejar la vida desde un callejón del olvido.

Los grillos, la indiferencia mata a todos y a todo.

Neurosis traumática, espacio de la muerte como sentido, como vocación para ser alguien o algo en la soledad y el aislamiento: en la locura.

Abandono es la incomunicabilidad de los sentimientos, especialmente del dolor, que consigue ahogar cualquier anhelo de esperanza.

La salida de una vida peor que la condición de muerte, y por ello la muerte es aquí una solución.

Despedida en la que persiste la sensación de fracaso en el terreno afectivo.

El último beso evidencia que se odia lo que se ama, y se apresura en la muerte un instante de plenitud, efímero y en fuga.

El callejón lugar en que la sangre tiñe una constante sed de venganza y muerte, a la vez que despunta la satisfacción tan intensa como el signo de *terror* y *tormento* que revela la víctima.

El espectro cuenta cómo lo repulsivo se apodera de lo siniestro y configura un nuevo Drácula (*Alucard*), quien baña de sangre la impotencia humana frente a la muerte injusta.

El retorno ofrece el contraste entre el desarraigo, signo de miseria y rechazo, y la búsqueda de una identidad que permite retornar a la vida en el momento de volver al origen.

El político destaca la impunidad ante la corrupción, la que con total placidez encarna un político, cuya razón de ser es, exclusivamente, ser para robar, incluso hasta la esperanza.

El último atardecer. El agobio de una rutina vuelve a aparecer, esta vez, como un sinsentido que solo se aplaca mirando el atardecer: un *cursus ad mortem*.



El recuerdo revive el dolor, la impotencia, la muerte de los seres queridos, y con su partida se ahoga toda esperanza, se muere la vida en la vida misma: “La figura del vagabundo posa su mirada en la de una mujer que avanza con un niño en brazos. Una mirada, impregnada de un dolor infinito, brota de lo más profundo de su ser. Su mente, totalmente extraviada, le ha gravado con lágrimas de sangre un doloroso recuerdo, el único recuerdo de un pasado lacerante” (Alvarado, 2010: 65)

Chapulines, en un instante se truncan las ilusiones, pero más allá de la inmunidad ante la delincuencia juvenil, la indiferencia y el abandono laceran más las heridas y terminan de destruir el ánimo demolido de su víctima.

El vacío, nuevamente, evidencia ese tedio que molesta hasta la muerte, como una gota constante y persistente que enloquece y todo, y todos, dejan de tener algún valor en la existencia.

El retrato es la imagen de una nostalgia asesina, confinante, que termina por fundir recuerdos y pesar.

La penumbra, un cuento de horror que no termina, y que atestigua una inútil lucha por librarnos de atacantes oscuros, delirantes, entre las drogas y la miseria, que nunca se acaban se mata a uno pero aparecen más al acecho.

Detrás de la sombra insiste en la figura del psicópata, cuya muerte es siempre una liberación de la insostenible vida de dolor, tedio y soledad. La rabia persigue a un hombre que pretende apagar con venganza y matanza la frustración de la que es objeto.

Sin escape atestigua que la miseria es una plaga creciente, como las ratas. “La muerte era el más cercano futuro... A una voz, después de acordar los últimos detalles, y después de algunos saludos y despedidas de desaliento, cada uno de los habitantes, hombre, mujeres, niños, ancianos, se miraron y luego, con total tranquilidad, bebieron y brindaron por el fin, por el escape, por el temor, por la tristeza... por la muerte misma” (Alvarado, 2010: 110-111).

De nuevo penumbra. Un misterio sin resolver en el espacio idílico de una tana de caminos y callejuelas, que mediante el artificio del juego, incurren en una



pérdida de la identidad, y por lo tanto, de la existencia. No cabe en la “realidad” la posibilidad de ser, sin determinar de previo quién se es.

Gina envuelve un laberinto de dolor, cuya única salida es la negación absoluta de la muerte, de no enterarse de su llegada, y silenciosamente dejarse allí, entre el fin y la liberación.

La espera susurra el tedio, una especie de muerte sin saberlo, espera al límite de la paciencia.

Hacia la fallida promesa concibe una frágil promesa de felicidad que se rompe ante la impotencia humana, ante la devastación de una naturaleza amenazante. Cuando por fin parecía que los relatos cambiaban su tono hacia algo más esperanzador, sucumbe de nueva esta historia en la fría muerte de los anhelos humanos.

Acontecer cíclico implica una huída, con el atardecer, hacia lo bucólico, lo idílico, pero inalcanzable, ubicado más allá de lo urbano, para escapar de sus propios vacíos: *“El tenue discurrir de los paseos, excusa quizás para ocultar el vacío ante el cual sucumbían sin salida alguna, se convertía en una especie de salida sin salida, en un pozo del cual no se podía escapar, pero a cuyas orillas se aferraba con desesperación, mientras este seguía desmoronándose ante los arañazos inútiles, que solo servían para engrandecer el diámetro que se alimentaba de la vacuidad de todos”* (Alvarado, 2010: 148).

La casona el murmullo generó una historia de estigma y marginalidad sobre lo ajeno, sobre los otros. Lo incomprensible que poco a poco se desdibujaba en *“lo macabro, lo tenebroso y lo indecible”* (Alvarado, 2010: 153), dio paso al olvido y marcó la tragedia con su maldición: *“Las leyendas se tejen no solo con la imaginaria, sino también con las huellas de un misterio inexplicable que se va enredando en la telaraña de los años y lo desconocido”* (Alvarado, 2010: 151).

El secuestro acontece en un hospital de la muerte, en el cual, se enmascara un modelo de exterminio étnico (contra la latinidad, los pobres y los desplazados de su origen). Nauseabundo en sus descripciones, el hospital encierra a jóvenes adolescentes que, considerados seres contaminados, foráneos, ajenos, son



secuestrados de la vida para ser inmersos en un tránsito lento hasta consumir, por su creciente abandono y debilidad, su muerte en soledad.

La locura de una mujer lacerada entre la muerte y el dolor, y los restos de un hijo que la sobrevive, productos ambos de agresiones, tortura e indiferencia; lo cual los conduce al punto de marcar cicatrices en la cordura, para siempre ida. Ella, despojo de una estatua de sal, restos corpóreos abandonados en una existencia que fue cortando lo que de humana alguna vez había tenido. Él, despojado de una humanidad que nunca terminó de parir su madre, terminó en el recinto del olvido, entre la locura y el miedo.

El teatro de la vida, en donde la locura no deja de sorprender en tanto contribuye una lógica interna, muchas veces demasiado irónica.

La búsqueda conjuga y contrapone el valor de la vida frente a la vida digna, para sumergir las respuestas en un callejón sin salida, la muerte de vencidos y vencedores.

El fin imprime una muerte en soledad, correlato de narraciones anteriores (*Hacia la fallida promesa* o *Chapulines* por ejemplo). La pérdida de la lucha por el agua arrojó el sinsentido de la vida hacia una única dirección: entregarse al vacío.

La nueva vida es una aparente oportunidad de tránsito entre dos mundos: del dolor a la consolación, este último mediado por un espacio vital convertido en idealidad; sin embargo, ni siquiera hay esperanza, la muerte privó del sentimiento que ya nunca más podrá volver.

La muerte en la ventana invita a un correlato de *La casona* o de *Penumbra*. Se trata de otra historia de muerte, que juega con el tiempo, renovando al engendro del mal en su pariente, envolviéndose el difunto en el vivo, hasta hacerlo presa de su legado de horror.

La pobreza. El hambre es una lucha constante que duele y carcome, y a ella agréguese el precio de ser escoria, algo repulsivo ante los ojos de los demás: “*Tantos niños con hambre, pero con una sonrisa y una mueca de llanto al mismo tiempo, le confirmaban que la vida era irrenunciable, sin importar dónde estuviese*” (Alvarado, 2010: 258).





La muerte en la carretera, efímera y frágil, la vida se despide en un instante, pero queda la sensación de impotencia, de culpa y desconsuelo, que no acaba de superar aquel que huye de la muerte, ni entre los finos hilos de su encrucijada.

El extraño anuncia la paradoja que se encierra en alcanzar una meta vital, que a la vez, constituye el propio final, punto de término, y así de “extraño” no tiene nada, sucumbe con el apego a un pasado que ya no existe, aún cuando se le quiera rescatar de alguna manera. Uno de los mejores relatos, con un tránsito suave, un viaje en el tiempo, al origen como final.

La otra y la misma piel narra la desesperación ante la discriminación y exclusión social, la cual condena y arrincona, desprecia y castiga, y termina una vez más con la impotencia, el callejón sin salida de la incomprensión, y todo ello convoca a la muerte como liberación. Así se desenvuelve el amor por fin, inmerso tanto en la belleza, como en el dolor más agudo y angustiante, asfixiado por la hipocresía social: “*Las reglas sociales, en medio del criterio de quienes se dedican a imponer la “normalidad” no es más que el motivo que terminaba por amarrar lo que ambos decidían como su propia defensa. Quizás en adelante las cosas no serían tan fáciles para aquella relación, pero lo cierto era que sí existía un motivo más para aferrarse a esa lucha contra todo lo que el entorno les dictase*”. (Alvarado, 2010: 285-286).

Por lo hijos confina la derrota de una vida de esfuerzos y dolor, de lucha y sufrimiento, que queda arrasada ante la balanza comercial y el juego de los precios: la tierra agotó su abrigo acogedor y ahora sólo queda el polvo que, tras la huellas, atestigua el éxodo del campo a la ciudad.

La última puerta es otro cuento de terror, pues lo más angustiante y doloroso para el ser humano es la pérdida de lo que más se quiere, de aquello que obsesiona, y cuya existencia da sentido a la existencia propia.

La pesadilla sucede a “*un hombre que soñó con tal fuerza que hizo realidad su pesadilla*” (Alvarado, 2010: 314). Juego del terror que se apodera, a cada instante, de la existencia y termina por hundirlo en lo más indeseable.



Inocencia es un relato triste, de cuya amargura no hay consuelo. Una pérdida de la inocencia a través de la desgarradora vida en las calles, la que sólo podía terminar, una vez más, con la muerte como liberación: “*Un ángel iniciaba su retorno*” (Alvarado, 2010: 319). Asimismo, este relato evidencia la profunda indiferencia a los niños de la calle, especialmente, hacia una niña pequeña, ajena a todo, cuya vida debió terminar hacía tiempo, junto con la de la familia que perdió.

Estupidez susurra otra niña que muere, impunemente, por la estupidez de los adultos, por tan solo el valor relativo que se le da al tiempo, unos minutos, unos instantes, y la vida se escapa, ajena a horarios y presiones cotidianas.

La cura es el primer cuanto feliz; el cuidado de lo amado hace perdurar a sus cuidadores, más allá de la lucha y de la fragilidad de la condición humana, y en cada instante de amor, renace una nueva fortaleza.

El regreso es otro relato de lucha que culmina con el retorno al lugar añorado, el cual se torna en paraíso perdido y recuperado, tras el viaje mítico-heróico de su protagonista, quien logra el cometido de su lucha: “*forjar su familia, construir su casita y mirar, con cada puesta de sol, un sueño hecho realidad, forjado con sudor, lágrimas y esfuerzo, pero suyo, de los suyos, el sueño de un bravo porteño*” (Alvarado, 2010: 338).

Visita macabra es un clásico. El juego del doble, de otro que aún no se reconoce en su nueva condición. Un muerto teme por su vida, frente a su falta de conciencia de que, su temor a morir, ya lo mató; osadamente, la muerte es un personaje posesivo, que se adueña de sus víctimas sin que éstas se percaten, o intenten una huída, es inútil tratar de esquivarla.

La visión induce a un espacio de locura sublime, religiosa, revitalizadora y liberadora; instaurada en el filo de la muerte de una vida, la que en otra época habría tenido, pero que sucumbe en el límite de la adoración maculada, propio de lo que se asoma a lo divino.

Extravío podría ser un correlato de *Chapulines*, casi una segunda entrega. Una vez más, la fuerza del amor devuelve la vida a quién, enajenado por la fatalidad de golpes propiciados en un asalto, vaga como muerto viviente, hasta



que su amada esposa lo encuentra. La víctima retorna entonces a su condición humana.

El final. Se agotó el tiempo de espera, acabó la vida tal y como hasta hoy la vivimos, la muerte se presenta como alivio ante la imposibilidad del planeta para sostener un mundo agotado por la insensatez humana, y aquella lucha por el agua, anunciada en *El fin*, presagió el final.

La obra deja un sabor agrídulce, no termina de inspirar tiempos mejores, simplemente desnuda la triste realidad de muchos, de cualquiera que repentinamente se vea atormentado por el dolor invocado en cada relato. No obstante, queda plasmado un desafío al lector, una apuesta para que no se repitan las tristes historias narradas. Después de todo, ese sol del atardecer, reiteradamente mencionado, constituye un psicopompo, conductor de almas en la muerte, y cuya luz, en medio de la profunda oscuridad de la noche, hacer resurgir la luz de la esperanza.

Dina Espinosa Brilla

Referencias

- Alvarado Vega, O. G. (2010). *La venganza y otros cuentos*. San José: Andrómeda.
- Stephens, J. (1998). *Retelling Stories, Framing Culture: Traditional Stories and Metanarratives in Children's Literature*. ISBN0-8153-1298-9. Citado por Galeano, L. (2007). *Las metanarrativas en las obras de William Shakespeare*. <http://portal.educ.ar/debates/eid/lenguas-extrajeras/las/metanarrativas-en-la-obra.php>.

